

— Cielo y tierra! tirad pues! dijo con desesperacion.

A estas palabras hizo Roland un movimiento, indicando que iba á disparar al aire.

— Ah! exclamó M. de Barjols, no dispareis al aire, por Dios! sino exigiré que vuelva á empezar el combate, siendo vos el primero en tirar.—Por mi honor! exclamó Roland, palideciendo como si hubiese perdido toda su sangre, es la primera vez que tantos miramientos tengo con un hombre, sea quien fuere. Idos al diablo! Ya que no quereis la vida, tomad la muerte!

Y al mismo tiempo, sin tomarse el trabajo de apuntar, extendió el brazo y disparó.

Alfredo de Barjols llevó la mano á su pecho, bamboleó un instante, y girando sobre sí mismo, cayó de cara al suelo.

La bala de Roland le habia atravesado el corazon.

Sir John, al ver caer á M. de Barjols, acercóse á Roland, llevándole hácia el sitio donde habia dejado su frac y su sombrero.

— Es el tercero, murmuró Roland con un suspiro; pero á lo menos vos sois testigo de que este lo ha querido.

Y entregando á sir John su pistola aun humeante, volvióse á poner el frac y el sombrero.

Durante este tiempo, M. de Valensolle recogió la pistola escapada de la mano de su amigo, y la volvió con la caja á sir John.

— Y bien? preguntó el inglés dirigiendo su mirada á

Alfredo de Barjols.—Es muerto! contestó el testigo.—Me he portado como hombre de honor, caballero? preguntó Roland, enjugando con su pañuelo el sudor que, á la noticia de la muerte de su adversario, inundó súbitamente su rostro.—Sí, caballero, contestó Valensolle, únicamente permitid que os diga: teneis una mano desgraciada.

Y saludando á Roland y á su testigo con extremada finura, volvió junto al cadáver de su amigo.

— Y vos, milord, añadió Roland, qué decís?—Digo, contestó sir John con una especie de admiracion forzada, que sois de aquellos hombres á quienes el divino Shakspeare ha hecho decir de sí mismo:

«El peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo dia, pero yo soy el primogénito.»

## V.

### Roland.

El regreso fué mudo y triste; no parecia sino que al ver desvanecerse los peligros de muerte, habia perdido Roland toda su alegría.

Alguna parte podia tener en aquel silencio la catástrofe de que acababa de ser Roland autor; sin embargo, apresuré-

monos á decirlo, en el campo de batalla, y especialmente en la última campaña contra los árabes, habia con demasiada frecuencia pasado Roland con su caballo por entre los montones de cadáveres que acababa de hacer, para que el efecto causado en su ánimo por la muerte de un desconocido le hubiese tan fuertemente impresionado.

Reconocia, pues, diferente causa su tristeza, y no podia ser otra al parecer, que la enfermedad de que habia hablado poco antes á sir John. No le inquietaba por lo tanto el recuerdo de la muerte de otro, sino la inminencia de la suya propia.

Al llegar á la posada del Palacio-Real, entró sir John en su cuarto para dejar las pistolas, cuya vista podia excitar en el ánimo de Roland algo parecido á un remordimiento; volviendo luego á reunirse con el jóven oficial, para devolverle las tres cartas que le habia entregado.

Encontróle, apoyados los codos sobre la mesa, profundamente pensativo.

Sin pronunciar una palabra, dejó el inglés las tres cartas delante de Roland.

Dirigió este la vista á los sobres, y tomando la que iba dirigida á su madre, abrióla y la leyó.

A medida que iba leyendo, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Miraba sir John con extrañeza la nueva faz bajo la cual se le presentaba Roland.

De todo habria creído capaz á aquella naturaleza múlti-

ple, menos de derramar las lágrimas que caían silenciosamente de sus ojos.

Sacudiendo despues la cabeza, sin parar la menor atencion en la presencia de sir John, murmuró Roland:

— Pobre madre! cuánto habria llorado! tal vez vale mas que haya sucedido así: las madres no han nacido para llorar á sus hijos.

Y con un movimiento maquinal rompió la carta dirigida á su madre, la que habia escrito para su hermana, y la que debia ser entregada al general Bonaparte, quemando luego con cuidado todos los pedazos.

Tocando entonces la campanilla para llamar á la moza:

— Hasta qué hora, le dijo, pueden echarse las cartas al correo?—Hasta las seis y media, contestó la muchacha; pocos minutos os quedan.—Aguardad, pues.

Y tomando una pluma, escribió:

«Mi querido general:

«Como os habia dicho, yo estoy vivo y él muerto. Conveniréis conmigo en que se parece algo á una apuesta.

«Adhesion hasta la muerte.

«Vuestro paladin.

«ROLAND.»

— Cerróla en seguida, puso el sobre *Al general Bonaparte; calle de la Victoria, en Paris*, y la entregó á la

criada, encargándole que sin perder momento la echase al correo.

Entonces fué cuando pareció reparar en sir John, á quien tendió la mano diciendo:

—Acabais de hacerme un gran favor, milord; uno de aquellos favores que unen á dos hombres por toda una eternidad. Desde este momento soy vuestro amigo; quereis dispensarme el honor de serlo vos mio?

Sir John estrechó la mano que le presentaba Roland.

—Oh! contestó, os quedo altamente reconocido, no me habria atrevido á pedir os este honor; pero vos me lo ofrecéis, y yo lo acepto.

Y á su vez el impasible inglés sintió enternecerse su corazón, y tuvo que enjugar una lágrima que asomaba á sus ojos.

Mirando despues á Roland:

—Es muy sensible, le dijo, tengais que marchar tan pronto; habria sido para mí la mayor satisfaccion pasar uno ó dos dias en vuestra compañía.—Dónde ibais, milord, cuando os he encontrado?—Oh! yo á ninguna parte, viajo para distraerme! Tengo la desgracia de fastidiarme muy á menudo.—Con que ibais á ninguna parte?—Iba á todas partes.—Es exactamente lo mismo, dijo el militar sonriendo. Pues bien; quereis hacer una cosa?—Oh! de muy buena gana, si es posible.—Perfectamente posible, de vos solo depende.—Decid.—Si yo hubiese muerto, debiais llevarme á mi madre,

ó echarme al Ródano.—Os habria llevado á vuestra madre; de ningun modo podia resolverme á echaros al rio.—Pues bien; en lugar de llevarme muerto, llevadme vivo; la diferencia será tan solo que sereis mejor recibido... Oh! pasaremos quince dias en Bourg mi ciudad natal, una de las mas tristes de Francia. Pero como vuestros compatriotas se distinguen sobre todo por la originalidad, tal vez vos os divertiréis donde los otros se fastidian. Con que, entendidos?—Seria mi mayor gusto, contestó el inglés, pero me parece que seria esto excederme.—Oh! no nos hallamos en Inglaterra, milord, donde la etiqueta reina como soberana absoluta. Nosotros no tenemos rey ni reina, y si cortamos la cabeza á esa pobre señora, que se llamaba María Antonieta, no fué ciertamente para poner en su lugar á su majestad la etiqueta.—Me alegro, dijo sir John.—Vos lo vereis, mi madre es una excelente mujer, y además muy distinguida. Mi hermana tenia diez y seis años cuando marché, tendrá ahora diez y ocho; era entonces hermosa, será ahora interesante. Hay tambien mi hermano Eduardo, travieso rapazuelo de doce años, que hará reventar los petardos entre vuestras piernas y chapurrará con vos el inglés; pasados estos quince dias, iremos juntos á París.—Vengo ahora de París, dijo el inglés.—Aguardad pues, querias ir á Egipto á entregar la carta al general Bonaparte, no hay tanto de aquí á París, como de aquí al Cairo; os presentaré á él, y presentado por mí, podeis estar seguro de que sereis bien recibido. Lue-

go podreis hablar de Shakspeare.—Oh! sí, mucho me gusta hablar de él.—Esto prueba que sois amigo de comedias, de dramas.—Es verdad.—Pues bien; el general Bonaparte está muy próximo á representar uno á su manera, que os promete no carecerá de interés.—Puedo, pues, repuso sir John aun indeciso, aceptar sin ser indiscreto vuestra oferta?—Yo lo creo, dareis gusto á todos, principalmente á mí.—Entonces acepto.—Bravo! cuándo marchamos?—Cuando gustéis. Mi coche estaba preparado cuando habeis arrojado el malhadado plato á la cara de Barjols; pero como sin ese plato no os habria conocido, celebro mucho que se lo hayais tirado; sí, mucho.—Quereis qué marchemos esta noche?—Al instante. Voy á decir al postillon que envíe uno de sus camaradas con otros caballos, y una vez llegados postillon y caballos, en marcha.

Roland hizo una señal de asentimiento.

Sir John salió para dar sus órdenes, y volvió luego á subir diciendo que habia mandado preparar dos chuletas y un fiambre.

Tomó Roland su maleta y bajó.

Puso el inglés las pistolas dentro el cajon de su carruaje.

Tomaron los dos un bocado por no tener que detenerse en toda la noche, y cuando daban las nueve en la iglesia de los Franciscanos, salieron de Aviñon, dejando á su paso una nueva mancha de sangre; Roland con la indiferencia de su carácter, sir John Tanlay con la impasibilidad de su nacion.

Un cuarto de hora despues dormian los dos, ó á lo menos el silencio que guardaban podia inducir á creer que se habian rendido al sueño.

Aprovecharemos este instante de reposo para dar á nuestros lectores algunas noticias indispensables sobre Roland y su familia.

Habia nacido Roland el 1.º de julio de 1773, cuatro años y algunos dias despues de Bonaparte, á cuyo lado, ó mejor, detrás del cual ha hecho su aparicion en este libro.

Era hijo de M. Carlos de Montrevel, coronel de un regimiento de guarnicion durante mucho tiempo en la Martinica, donde habia casado con una criolla, llamada Clotilde de La Clemenciere.

Tres hijos nacieron de este matrimonio, dos varones y una hembra: Luis, con quien hemos hecho conocimiento bajo el nombre de Roland, Amelia, cuya belleza habia este ponderado á sir John, y Eduardo.

Regresado á Francia en 1782, habia conseguido M. de Montrevel la admision de su hijo Luis, cuyo nombre veremos despues por que cambió con el de Roland, en la Escuela militar de París.

En ella fué donde le conoció Bonaparte, cuando, en virtud de informe favorable de M. de Keralio, se le consideró en aptitud para pasar de la Escuela de Brienne á la Escuela militar.

Luis era el mas jóven de los alumnos.

Aunque solo contaba trece años, distinguióse desde luego por su carácter indomable y quisquilloso que le hemos conocido diez y siete años despues en la mesa redonda de una posada de Aviñon.

Bonaparte habia leido ya en su niñez el lado bueno de este carácter, es decir, que sin ser quisquilloso, era resuelto, fogoso, indomable; reconoció en el niño algunas de sus propias cualidades, y esta igualdad de sentimientos hizo que, perdonándole sus defectos, le cobrase un gran cariño.

Por su lado, encontrando el niño un apoyo en el joven corso, arrimóse decididamente á él.

Vino un dia el niño á encontrar á su amigo, que es el nombre que daba á Napoleon, en el momento que estaba este profundamente atareado en la resolucion de un problema de matemáticas.

Mantúyose en pié, á su espalda, sin hablar, sin respirar apenas.

Prosiguió el joven matemático sus cálculos, que le dieron por fin, al cabo de diez minutos, el apetecido resultado.

Volvióse entonces hácia su condiscípulo con la interior satisfaccion del hombre que sale vencedor en una lucha cualquiera, ya contra la ciencia, ya contra la materia. Seguia en pié el niño, pálido, rechinando los dientes, extendidos los brazos y cerrados los puños.

— Oh! oh! dijo el joven Bonaparte, qué hay de nuevo?— Lo que hay es que Valence, el sobrino del gobernador, me ha

dado un bofeton.—Ah! ah! dijo Bonaparte riendo, y ahora vienes á buscarme para que yo se lo devuelva?

Meneó el niño la cabeza.

— No, contestó, vengo á buscarte, porque quiero batirme.—Con Valence?—Sí.—Imposible: no ves que es cuatro veces mas fuerte que tú?—Oh! es que yo no quiero batirme con él como se baten los niños, sino como se baten los hombres.—Oh! bah!—Eso te admira? preguntó el niño.—No, contestó Bonaparte. Y con qué quieres batirte?—Con espada.—Pero aquí solo los sargentos tienen espadas, y no hay que esperar que os las faciliten.—Prescindiremos de ellas.—Y con qué os batireis, pues?

Señaló el niño al joven matemático el compás con que acababa de resolver sus ecuaciones.

— Oh! amigo mio, dijo Bonaparte, es una malísima herida la del compás.—Tanto mejor, contestó Luis, así podré matarle.—Y si te mata á tí?—Lo prefiero á guardar mi bofeton.

Dejó de insistir Bonaparte; amaba el valor por instinto, el de su joven amigo le entusiasmó.—Pues bien, le dijo, iré á manifestar á Valence que quieres batirte con él, pero esto no es posible hasta mañana.—Por qué no en seguida?—Porque así tendrás la noche para pensarlo mejor.—Es que de aquí á mañana, repuso el niño, podrá creer Valence que soy un cobarde!

Y luego, meneando la cabeza, añadió:

— Hay muchas horas de aquí á mañana!

Y salió sin añadir mas palabra.

— Dónde vas? le preguntó Bonaparte.— A buscar quién quiera ser mi amigo.— No lo soy yo acaso?— No, puesto que me consideras cobarde.— Bueno, dijo el jóven levantándose.— Vas á encontrarle?— Sí.— En seguida?— En seguida.— Ah! exclamó el niño, perdóname, tú eres aun mi amigo.

Y lo abrazó llorando.

Eran las primeras lágrimas que derramaba despues de haber recibido el bofeton.

— Fué Bonaparte á encontrar á Valence, explicándole gravemente la mision de que estaba encargado.

Valence era un muchacho alto, de diez y siete años, y tenia, como sucede con algunas naturalezas precoces, patilla y bigotes; parecia tener veinte.

Apenas le llegaba al hombro Montrevel.

Contestó Valence que Luis le habia tirado de la coleta como del cordon de una campanilla (sabido es que se usaba la coleta en aquella época), y que sin embargo de avisarle por dos ó tres veces, habia vuelto Luis á las andadas; por lo que no viendo en él mas que un niño, determinó tratarle como á tal.

Llevó la contestacion á Luis, quien replicó que tirar de la coleta á un condiseípulo no era mas que una broma, al paso que dar un bofeton era un insulto.

La obstinacion daba á un niño de trece años la lógica de un hombre de treinta.

— El moderno Popilio volvió á llevar la guerra á Valence.

No dejaba este de encontrarse embarazado; érale imposible, sin caer en el ridículo, batirse con un niño; si se resolvía á hacerlo y le heria, era cosa hasta irritante; si era por el contrario él quien salia herido, sería un bochorno de que no llegaría jamás á consolarse.

La insistencia de Luis, que de ningun modo queria ceder, daba sin embargo cierta gravedad á un asunto de suyo tan sencillo.

Reunióse el consejo de los *grandes*, como acostumbraba hacerse en circunstancias apuradas.

Decidió el consejo que ninguno de sus individuos debia batirse con un niño; pero toda vez que aquel se obstinaba en portarse como un hombre, Valence declararia ante todos sus compañeros que sentia el comportamiento que con él habia tenido, y prometiendo tratarle en lo sucesivo como se merecia.

Envióse á buscar á Luis, que aguardaba en el cuarto de su amigo, introduciéndole en medio del círculo que formaban los jóvenes alumnos.

Declaró entonces Valence, á quien sus compañeros habian, despues de largas discusiones para poner á cubierto el honor de los *grandes* con relacion á los *pequeños*, dictado lo que debia decir, que tenia un disgusto por lo sucedido, que él le habia tratado segun su edad, y no segun su inteligencia y valor, suplicándole excusase su vivacidad, y dando-

le la mano en señal de haber olvidado aquel desagradable suceso.

—Pero Luis meneando la cabeza:

—Oí un día decir á mi padre, que es coronel, contestó, que quien recibe un bofetón y no se bate es un cobarde. La primera vez que le vea le preguntaré si quien dá un bofetón y se excusa por no batirse, es aun mas cobarde que el que lo ha recibido.

Miraronse con asombro los alumnos; pero la opinion general se habia pronunciado contra un duelo, que habria tenido todas las apariencias de un asesinato; por lo que aseguraron todos, incluso Bonaparte, que debia darse por satisfecho con lo que Valence habia manifestado, insiguiendo la resolucion del consejo.

Retiróse Luis pálido de cólera, echando en cara á su amigo con imperturbable serenidad que habia abandonado la defensa de su honor.

Al día siguiente, á la hora de la leccion de matemáticas de los *grandes*, introdujose Luis en la clase, mientras Valence hacia una demostracion en la pizarra, acercósele sin que nadie lo advirtiera, y subiéndose en un taburete para llegarle al rostro, le devolvió el bofetón que habia recibido el día anterior.

—Toma, dijo, ahora estamos iguales, y además tengo yo tu satisfaccion: no hay cuidado que yo por mí parte te la dé.

Fué grande el escándalo: tuvo lugar el hecho á presencia del profesor, quien se vió precisado á dar parte al gobernador de la escuela, el marqués Tiburcio Valence.

Este, que no conocia los antecedentes del bofetón recibido por su sobrino, hizo comparecer á su presencia al delincuente, y despues de una séria reprimenda, despidióle de la escuela, previniéndole se dispusiese á salir aquel mismo día para Bourg, al lado de su madre.

Contestó Luis que dentro de diez minutos tendria hecha la maleta, y antes de un cuarto de hora habria salido de la escuela.

Ni una palabra dijo sobre el bofetón que habia recibido.

Pareció irreverente la contestacion al marqués Tiburcio Valence; tentado estuvo de mandar por ocho días al calabozo al insolente; pero no podia castigarle supuesto que lo despedia.

Dispuso que un dependiente acompañase al niño y no lo dejase hasta verle partir en la diligencia de Macon, escribiendo al mismo tiempo á Mad. de Montrevel, á fin de que fuese á recibir á su hijo al apearse del coche.

Bonaparte encontró á Luis seguido de su vigilante, y le preguntó el motivo de aquella especie de guardia de honor.

—Os lo explicaria, contestó el niño, si aun fueseis mi amigo; pero como no lo sois ya, por qué os interesais en lo que me sucede sea bueno ó malo?

Bonaparte hizo una seña al vigilante, quien mientras Luis